



Política

ISSN: 0716-1077

rpolitic@uchile.cl

Universidad de Chile

Chile

Dunezat, Xavier

Luchas dentro de la lucha: acción colectiva y relaciones sociales de sexo

Política, vol. 46, 2006, pp. 227-248

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64504609>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Luchas dentro de la lucha: acción colectiva y relaciones sociales de sexo*

Xavier DUNEZAT

En este artículo pretendemos presentar la diversidad de las prácticas y de las trayectorias militantes en un mismo movimiento social, diversidad que pondremos en relación con la heterogeneidad de las personas movilizadas que convergen para generar una acción colectiva. Analizaremos esta heterogeneidad bajo tres dimensiones: como heterogeneidad que se reproduce *en* la acción colectiva; como heterogeneidad producida –reinterpretada– *por* la acción colectiva; como heterogeneidad que actúa *sobre* la acción colectiva (Dunezat, 2004).

El objetivo de este estudio es triple. Primero, espera enriquecer los trabajos sobre las lógicas de la acción colectiva que ya no hacen caso omiso de la heterogeneidad social¹ de las personas movilizadas que se reúnen para formar un movimiento social (Péchu, 1996; Siméant, 1998; Mathieu, 2001; Maurer, 2001). Luego mostraremos que la sociología de los movimientos sociales no puede prescindir de un análisis de “la puesta en común” (o no), *en* la acción colectiva y *por* la acción colectiva, de grupos de sexo² cuyos contornos se van transformando; cuyas prácticas hacen pero también deshacen las movilizaciones. Esta “puesta en común” no consiste en una coexistencia

* Agradezco a Stéphanie Alenda, Dominique Arnaud y Christian Dunezat por su relectura y traducción de este artículo.

1. Llamamos “heterogeneidad social” el conjunto de las pertenencias de grupo (sexo, edad, clase, raza...) producidas mediante las relaciones sociales que atraviesan las sociedades contemporáneas. Utilizamos el término “relaciones sociales” para referirnos a relaciones de poder que crean las divisiones sociales, es decir, a un conjunto de posiciones sociales desiguales, jerarquizadas y contradictorias en las sociedades.

2. El uso de la noción de “grupos de sexo” hace hincapié en el hecho de que las pertenencias de sexo son constructos sociales y no biológicos. Mediante la división del trabajo y utilizando un marcador físico socialmente construido (“el sexo”), ciertas relaciones de poder tienen como propiedad, *hic et nunc*, de producir grupos sociales de sexo, vale decir pertenencias colectivas a la vez objetivas y subjetivas. Se trata de un procedimiento social de clasificación de los individuos, tal como sucede para las clases sociales.

pacífica. Revela más bien que la acción colectiva se encuentra atravesada por contradicciones y conflictos que dividen el colectivo protestatario, ocasionando en su seno desafecciones, e incluso pudiendo provocar su desaparición. Recurriremos, articulándolas, a la sociología de las relaciones sociales de sexo y a la sociología de los movimientos sociales, para enriquecer el análisis de los procesos de la acción colectiva, focalizándonos sobre lo que pasa *dentro de* un movimiento social, con el fin primero de abrir la caja negra de las prácticas que en el se (re)crean y segundo de endogeneizar los factores explicativos de la dinámica de una movilización.

Los resultados presentados en este artículo se fundamentan en una observación participante que completaron unas sesenta entrevistas semi-estructuradas, realizadas en los movimientos de cesantes de ambos sexos de las ciudades de Morlaix y Rennes³ en Bretaña (Francia), en 1998. Después de precisar nuestro propósito, haremos hincapié en la heterogeneidad de los movilizados (1); luego, a partir de un análisis de la división del trabajo militante, demostraremos que esta heterogeneidad imprime su sello en la dinámica del compromiso (2); y por último, influye en el desarrollo de la acción colectiva (3).

Marco teórico y metodológico

La sociología de los movimientos sociales ha progresado mucho en algunos aspectos⁴ (Klandermans *et al.*, 1998; Klandermans, 1989; Tarrow,

3. A nivel nacional (Demazière y Pignoni, 1998), esos movimientos se iniciaron con las organizaciones de cesantes: los comités de desempleados de la Confederación General del Trabajo (CGT), el colectivo *Agir ensemble contre le chômage* (AC!), el MNCP (Movimiento Nacional de Cesantes y Precarios), la asociación APEIS (Asociación para el Empleo, la Información y la Solidaridad). Emergieron de sus movilizaciones cuatro reivindicaciones: un subsidio de Navidad para los cesantes, el alza de las pensiones de desempleo (de vejez, de *handicap*, etc.), el derecho al ingreso mínimo de inserción (RMI) para los jóvenes (18-25 años), la representatividad de las organizaciones de cesantes en la gestión del desempleo por los actores del diálogo social y el Estado. En la ciudad de Morlaix (15.000 habitantes), el movimiento duró 3 meses y fue lanzado por una asociación local de cesantes creada 5 años atrás (el Comité de los Cesantes y Solidarios de los Países de Morlaix). En Rennes (250.000 habitantes), el movimiento –que se autodesignó como de “desempleados y precarios en lucha”– fue lanzado por los representantes locales de los comités de la CGT y del colectivo AC! Pero, a raíz de los conflictos que han atravesado la acción colectiva de la ciudad de Rennes, esas organizaciones abandonaron rápidamente el movimiento local, que, sin embargo, logró sobrevivir gracias a la ayuda de la alcaldía, que puso a su disposición una sala de reunión. Cabe señalar que la fase más dinámica de la movilización duró dos meses. En cambio en la ciudad de Morlaix se caracterizó por una ocupación continua de los edificios públicos (entre ellos la alcaldía), la que duró casi un mes y medio. La actitud represiva de las autoridades locales impidió que se llevara a cabo la misma ocupación en Rennes. En ambas ciudades, las mujeres sumaron aproximadamente un tercio de los movilizados.

4. Según Mathieu (2004), siete preguntas han estructurado los avances de este campo de la sociología: ¿Qué desencadena las movilizaciones? ¿Quién se compromete (y ¿por qué?); ¿Cómo están organizados los movimientos sociales? ¿Cómo surgen las movilizaciones? ¿Qué forma de lucha adoptan? ¿A qué influencias están sometidos los movimientos sociales? ¿Son eficaces los movimientos sociales?

1994; Cefaï y Trom, 2001), los cuales tienen que ver con la génesis de la acción colectiva, el paso de la movilización individual a la movilización colectiva, las relaciones entre la acción colectiva y su entorno (medios, estructura de las oportunidades políticas, campo multiorganizacional, contra-movimientos), así como las dimensiones simbólicas de la movilización (*framing*, alineación de marcos interpretativos de la realidad, producción de identificaciones).

Sin embargo, cuatro niveles de análisis permanecen en la sombra: el paso de la movilización colectiva al *exit* (Hirschman, 1970) individual⁵; las relaciones entre “militantes morales”⁶ y otros movilizados⁷; la variabilidad de las acciones colectivas –en términos de reivindicaciones, de modos de acción, etc.– dentro de un mismo movimiento social⁸; lo experimentado por la gente movilizada, tanto en términos de representaciones como de prácticas. Respecto a este último nivel de análisis, recientes investigaciones se han interesado en las “carreras militantes”⁹.

Nuestro trabajo de campo confirma los resultados empíricos acerca del papel decisivo que cumple la socialización previa a la acción militante (Maurer, 2001), la trayectoria particular en el mundo social¹⁰ (Siméant,

5. Si tomamos el ejemplo de los movimientos de cesantes de ambos sexos, ninguna investigación –que sepamos– ha adoptado una postura sociológica respecto a su proceso de descomposición.

6. En la sociología de los movimientos sociales, el concepto de “militantes morales” es utilizado para designar las y los que participan en la acción colectiva sin sacar de su participación un beneficio personal y directo. Véase el caso de los estudiantes blancos de ambos sexos, quienes formaron parte del movimiento para los derechos civiles en EE.UU. (McAdam, 1988).

7. Las relaciones de poder entre los que organizan la acción colectiva y los que la integran son ignoradas, excepto en algunas investigaciones empíricas recientes (Siméant, 1998; Mathieu, 2001). A fuerza de considerar la masa de los movilizados como simples consumidores de acción colectiva a quienes sólo basta convencer bajando los costos de la participación o creando incitaciones selectivas, se ha perdido de vista algo evidente: la existencia de militantes morales supone también la existencia de simples protestatarios.

8. La observación de dos acciones colectivas de desempleados, en dos ciudades distintas, ha permitido advertir la fuerza de estructuración que tiene esta variabilidad, en el sentido de que contraría la cristalización de un colectivo movilizado a nivel nacional. Esta variabilidad presenta un interés sociológico. Por ejemplo ¿cómo y por qué “la alineación de marcos interpretativos de la realidad” (Snow *et al.*, 1986) se manifiesta de manera diferente en ambas acciones colectivas (reivindicación de compartir las riquezas en Morlaix, reivindicación de un empleo seguro en Rennes)?

9. El concepto de “carrera militante” es inspirado de los postulados del interaccionismo simbólico norteamericano, en particular de Becker (1985) y Goffman (1990). Se trata de aprehender el carácter procesual y dinámico del compromiso militante, pues la noción de carrera remite a la idea de una sucesión de etapas que participan de la construcción de las identidades sociales y que suponen un análisis del compromiso en el tiempo. En un libro reciente, Fillieule (2005) ha definido el concepto como la actividad social, que articula tiempos de reclutamiento, de mantenimiento del compromiso y de defección.

10. Por ejemplo, en Francia en los años 1990, se observa una sobrerrepresentación de la trayectoria docente en los movimientos de los indocumentados.

1998), o la disponibilidad biográfica¹¹ para la acción militante (McAdam, 1988). Pretendemos asimismo enriquecer las investigaciones que afirman que la experiencia militante ejerce un impacto sobre las trayectorias profesionales y conyugales (McAdam, 1989), o que las carreras militantes están estructuradas por lógicas de reconversión (Fillieule y Mayer, 2001) porque suponen y suscitan competencias específicas (Doidy, 2004). Nuestro interés por estos niveles de análisis es el resultado de un cruce entre la sociología de los movimientos sociales y la sociología de las relaciones sociales de sexo, lo que fue plasmado en Francia en el concepto de “movimiento social sexuado” (Kergoat *et al.*, 1992). Enmarcamos así nuestra investigación en un planteamiento colectivo que se desarrolla desde los años 1990 en ambos lados del Atlántico. Se trata de revisar las herramientas conceptuales de la sociología de los movimientos sociales a la luz de la sociología de las relaciones sociales de sexo (Francia) o de la sociología del género¹² (Europa, América del Norte).

En Francia, en la línea de los trabajos de Kergoat¹³, varias investigaciones muestran que las relaciones sociales de sexo –junto con otras relaciones sociales– impregnan todos los movimientos sociales en los diferentes momentos de su historia (formación, irrupción, divisiones, extinción). Los campos de aplicación de este enfoque son cada vez más numerosos:

11. A la hora de resolver el enigma de los desfases en el compromiso militante en el seno de una misma categoría de población, McAdam (1988) utiliza esta expresión para subrayar que los elementos biográficos influyen la disponibilidad para la acción colectiva. Así, en el movimiento para los derechos civiles en EE.UU., se observa que el hecho de ser mayor de edad, soltero, con estudios superiores ya avanzados, de disponer de largas vacaciones de verano, etc., constituyen elementos biográficos favorables a la participación.

12. No corresponde aquí hacer una síntesis ni de la génesis, ni de las implicancias del modo de conceptualización en términos de relaciones sociales de sexo; tampoco del modo de conceptualización en términos de género. Se tratarán los términos género y sexo como sinónimos cuando designen la relación de poder (relación social de sexo) o el sistema (género) que crea los grupos de sexo en tanto grupos sociales jerarquizados. En la línea de Kergoat (2001), privilegiaremos más bien el concepto de relación social de sexo porque lo acompaña otro concepto que permite analizar cómo se fabrica la división jerárquica de los grupos de sexo: el concepto de división del trabajo.

13. El planteamiento de Kergoat, basado en una metodología cualitativa, consistió en comprobar una hipótesis general, según la cual los grupos movilizados no son homogéneos: para volver inteligible la dinámica de una movilización, cabe tener en cuenta esta heterogeneidad (Kergoat, 1973). En *Las obreras* (1982: 127-133), Kergoat pone de manifiesto que la clase obrera está sexuada pero también que “las formas de movilización y de solidaridad de los hombres y de las mujeres de la clase obrera no son idénticas”. Este cambio de enfoque hacia lo que pasa *en el seno* de un movimiento social orienta una investigación colectiva sobre la coordinación de las enfermeras en el período 1988-1989 (Kergoat *et al.*, 1992: 115-122). Queriendo “comprobar la fuerza heurística de una problemática en términos de relaciones sociales de sexo aplicada a ese movimiento”, Kergoat propone la expresión de “movimiento social sexuado” pues “no se trata de ‘agregar’ a las mujeres como algo que da más color al movimiento social, apartando del análisis de éste tomar en cuenta las relaciones sociales de sexo (...). Pero eso significa que las relaciones sociales de sexo impregnan profundamente todos los movimientos sociales, y que tenemos que tenerlo siempre en cuenta cuando los analizamos”.

coordinación de las enfermeras¹⁴ (Kergoat *et al.*, 1992), asistentes sociales¹⁵ (Trat, 1994), movimiento de noviembre-diciembre de 1995¹⁶ (*Cahiers du GEDISST*, 1997), marcha mundial de las mujeres¹⁷ (Galerand, tesis doctoral en curso).

En el mundo anglosajón, y recurriendo a terminologías diferentes, múltiples investigaciones han abogado por tomar en cuenta la situación social del individuo protestatario en términos de género, raza (y/o etnicidad), clase u orientación sexual (*Gender & Society*, 1998, 1999). Desde los años 90 se han multiplicado los análisis empíricos que subrayan que los activistas de un movimiento social no constituyen un grupo homogéneo (McAdam, 1992). Según estos estudios, el movimiento social ofrecería un espacio de contestación de los “arreglos de género”¹⁸ (Fonow, 1998), lo que implica que todas las dimensiones de un movimiento social tienen que ser analizadas tomando en cuenta la influencia del género (Einwohner *et al.*, 2000). Quedó demostrado que el sistema de género que contribuye a estructurar un movimiento social está imbricado con otros sistemas de dominación, en particular de raza y de clase (McNair Barnett, 1993).

En las investigaciones empíricas, los enfoques en términos de movimiento social sexuado o de *gendered social movement* han llevado a profundizar el análisis de las prácticas militantes cuya heterogeneidad de sexo cobró visibilidad. Han contribuido también a renovar el modo de teorización

14. La coordinación de las enfermeras corresponde a un movimiento social que empezó en 1988 tras la promulgación de un decreto estatal. Con el objetivo de resolver el problema de reclutamiento que sufría la profesión, este decreto otorgaba el acceso a las escuelas de enfermeras a toda persona que había cotizado 5 años para financiar el Seguro Social. Para luchar contra lo que fue percibido como una descalificación de su formación, las enfermeras exigieron durante dos años un verdadero reconocimiento de su profesión, mediante un aumento salarial. Este movimiento dejó huellas por su feminización y por su modo de gestión de la mixidad (una “mixidad con hegemonía femenina”, según la expresión de Kergoat *et al.*, 1992).

15. El movimiento de las asistentes de servicio social fue una huelga de nueve semanas que empezó en 1991 para reclamar una revalorización del diploma y del salario, además de un servicio social de calidad. A pesar de su importante feminización, el movimiento trató de eclipsar su dimensión femenina, según Trat (1994).

16. El movimiento de noviembre-diciembre de 1995 fue una huelga del sector público que marcó, por su amplitud, la historia social francesa de los treinta últimos años.

17. La Marcha mundial de las mujeres es un movimiento social internacional que pretende luchar para eliminar la pobreza y la violencia en contra de las mujeres. Impulsado por la Federación de las Mujeres de Quebec a raíz de la cuarta conferencia mundial de las mujeres de la ONU en Pekín (1995), está organizado sobre el principio de la autonomía de la lucha de las mujeres, dando lugar a muchas manifestaciones en diversas regiones del globo en 2000. Este movimiento reúne hoy en día, según Galerand, más de 6.000 grupos en 161 países. Al formar parte del movimiento altermundialista, figuran también entre sus reivindicaciones la anulación de la deuda, la ayuda al desarrollo, etc. Véase <http://www.marchemondialesdesfemmes.org/>

18. Los “arreglos de género” aluden a un estado de las relaciones de poder entre mujeres y hombre, en particular en términos de división del trabajo. Fonow muestra que la acción colectiva (precisamente una huelga en el sector siderúrgico en Pittsburg) puede constituir, para las mujeres, un espacio-tiempo de cuestionamiento del estado de estas relaciones.

de los movimientos sociales y a adoptar metodologías más cualitativas basadas en la observación y la entrevista.

Es así como nuestra investigación sobre los movimientos de los(as) cesantes de 1997-1998 de Morlaix y Rennes surgió de la pregunta siguiente: ¿Qué sucede con los grupos de sexo *en* y *por* un movimiento social?

Para tomar en cuenta la heterogeneidad de sexo, se adoptó un marco teórico específico: el enfoque de la sociología de las relaciones sociales de sexo, que considera los grupos de sexo no como datos biológicos, sino como constructos sociales, al igual que las clases sociales. Como cualquier otro grupo social, los grupos de sexo son producidos por el orden social, se transforman, se reconfiguran, en particular cuando surge un nuevo espacio-tiempo social.

Siguiendo a Kergoat, nuestro marco teórico parte del supuesto que el campo social está atravesado por relaciones de sexo, es decir, relaciones de poder que crean y organizan las divisiones de la sociedad, instaurando problemáticas en torno a las cuales se constituyen grupos sociales antagónicos, vale decir grupos de sexo. Para pasar de lo abstracto (la relación social de sexo) a lo concreto (las prácticas sociales, su “sexualización” y su dinámica), “la división sexual del trabajo” (Kergoat, 2001) viene a desempeñar un papel de mediación si se considera como punto nodal de la relación social de sexo. Al analizar la división sexual del trabajo, podemos aclarar el proceso de formación y de reconfiguración de los grupos de sexo en un espacio-tiempo social particular. Cuando la organización del trabajo adopta la forma de una separación, de una jerarquización y de una especialización de las tareas entre individuos agrupados y homogeneizados a partir de un criterio socialmente construido (aquí el sexo), entonces la división del trabajo se convierte en un tema en disputa en la relación social (aquí el sexo) y (re)produce grupos (aquí de sexo).

Ahora bien, desde un punto de vista metodológico, la reutilización de los conceptos de práctica y de división del trabajo nos llevó a privilegiar el análisis de lo que los protestatarios de un movimiento social hacen. Pero, al conferir un estatus teórico a lo que éstos hacen en un movimiento social, faltaba un mediador. En sociología de las relaciones sociales de sexo, el mediador es el trabajo. Sin embargo, el trabajo profesional y el trabajo doméstico podían difícilmente ser reutilizados tal cual para cumplir el papel de mediador en este espacio-tiempo social específico que construyen los movimientos sociales. Por eso, a partir de una definición extensiva del trabajo, rescatada de Hirata y Zafirian (2000), para quienes el trabajo remite a “la producción del vivir”, definimos los movimientos sociales como espacios-tiempos que suponen y producen una forma de trabajo particular que denominamos *trabajo militante*. Consideramos que es indispensable otorgar un estatus teórico al conjunto de las tareas que surgen cuando se da un movimiento social, en términos del hacer y de la

organización del hacer¹⁹. En efecto, en los movimientos de desempleados(as) que pudimos observar, muchos hombres protestatarios vivían la acción colectiva como un trabajo; incluso afirmaban tener un trabajo cuando sólo formaban parte de un movimiento social...

La observación participante en estos movimientos consistió en estudiar al mismo tiempo las diversas tareas militantes y las personas que las realizaban. Dicha observación de *lo que se hacía* y de *quién lo hacía* nos permitió “ver” una división del trabajo militante basada en un proceso de especialización, que producía y reproducía grupos de sexo *en el seno mismo* del movimiento social. Eso nos permitió mostrar que las relaciones sociales de sexo –en tanto relaciones de poder– habían impregnado la dinámica de los movimientos de desempleados(as).

Sin embargo, el constatar la heterogeneidad multidimensional de los protestatarios, así como el análisis de la división sexual del trabajo militante, requirieron la teorización de otra relación social, la que opone a las y los que hemos llamado “militantes (+)” y “militantes (–)”²⁰. En primera instancia, son las diferencias en el capital militante poseído, el cual debe ser entendido como todo lo que remite al saber militante, a la experiencia militante, a la socialización militante o al sentimiento de competencia militante, las que justifican esta categorización²¹. En segunda instancia, justifican también esta categorización las relaciones sociales de clase que heterogeneizan a los cesantes de ambos sexos en función del nivel de diploma, del nivel de ingreso, de la situación profesional, pero también en función de su relación con el desempleo y el trabajo²².

19. La temporalidad acelerada de los movimientos de cesantes de ambos sexos daba lugar a la organización cotidiana de asambleas generales que duraban muchas horas, a la puesta en marcha de acciones casi cotidianas (reparto de panfletos, ocupaciones puntuales, protestas, delegaciones para dialogar con las instituciones), a la organización de comisiones, y –en Morlaix– a una ocupación continua durante varias semanas de la alcaldía, durante la cual había que (preparar algo de) comer, (prepararse para) dormir, ordenar, limpiar, etc. Para una presentación detallada del trabajo militante, véase Dunezat (1998; 2004).

20. No distinguimos entre “militantes” y “no militantes”, pues consideramos que cualquier persona que participa en un movimiento social se convierte de facto en un(a) militante.

21. La noción de “capital militante” dio recientemente lugar a un comienzo de teorización de parte de Matonti y Poupeau (2004), p. 10, que la definen como lo que está “incorporado bajo la forma de técnicas, disposiciones para actuar, intervenir, o sencillamente obedecer” y que “abarca un conjunto de saberes y de saber hacer, movilizables durante las acciones colectivas, en las luchas inter o intrapartidarias, pero que son también exportables, transformables en otros contextos, y así susceptibles de facilitar ciertas reconversiones”.

22. En nuestra investigación, hemos planteado la hipótesis que la relación con el desempleo y con el trabajo tenía a la vez incidencias en el compromiso en sí y en los modos de compromiso. Por una parte, movilizarse suponía cierta desindividualización y desculpabilización respecto a la vivencia del desempleo, proceso en el cual las organizaciones de cesantes –en particular las asociaciones locales, como en Morlaix– jugaron un rol central (Demazière et Pignoni, 1998). Los marcos de percepción de los desempleados(as) movilizadas(as), aunque siendo plurales, se homogeneizaban al momento de designar

Esta segunda relación social se imbrica a su vez con la relación social de sexo para heterogeneizar a los cesantes movilizados desde su entrada en la acción colectiva (1), pero también durante ésta, mediante la división del trabajo militante (2). Planteamos que el análisis de la imbricación de las relaciones sociales en un movimiento social permite comprender mejor su devenir (3).

La heterogeneidad de los movilizados al inicio de la acción colectiva: las experiencias del desempleo y del trabajo doméstico

Gracias a las entrevistas, pudimos reconstruir la diversidad de las trayectorias sociales –a la vez profesionales, domésticas y militantes– de los protestatarios, quienes participaron en los movimientos de desempleados(as) de Morlaix y de Rennes. Si el recorrido por las experiencias de la cesantía (Schnapper, 1994) puede parecer lógico en el caso de la población observada, el cruce con las experiencias del trabajo doméstico es indispensable para comprender la sexuación de las experiencias de la cesantía, pero también la sexuación de las prácticas y posiciones militantes. En efecto, con nuestra investigación, quisimos enriquecer la reflexión, propia de la sociología de las relaciones sociales de sexo (Colectivo, 1984), en torno a la centralidad del trabajo doméstico. Resulta que no se pueden pensar las posiciones y trayectorias sociales (profesionales, militantes, etc.) independientemente de las posiciones y trayectorias en el “modo de producción doméstico” (Delphy, 1998). Por una parte, la relación con el tiempo profesional y la relación con el tiempo doméstico deben ser simultáneamente consideradas al momento de analizar la relación al desempleo, y en particular “el uso del tiempo de cesantía”, pues éste se convierte para las mujeres, no en un tiempo libre o vacío, sino más bien en un “tiempo invadido, esparcido, difícil de programar, dependiente” (Rogerat et Senotier, 1996: 78). Por otra parte, y más generalmente, “para el conjunto de las mujeres, es la referencia a la doble asignación al trabajo profesional y al trabajo doméstico la que permite descifrar sus prácticas”, mientras que “para el conjunto de los hombres, se debe recurrir, asimétricamente, a su asignación al solo trabajo profesional y al hecho que se encuentran ‘eximidos’ del trabajo doméstico” (Kergoat, 1999: 7).

Es así como llegamos a plantearnos la hipótesis que el compromiso y los modos de compromiso dependían también de la relación con el trabajo doméstico.

responsables (gobierno, empresariado) de su propia situación. Por otra parte, en función de la relación con el desempleo y con el trabajo, veremos que la “disponibilidad” profesional constituye un elemento central de la disponibilidad biográfica para la acción colectiva, influenciando los modos de compromiso. Por ejemplo, el peso relativo del tiempo militante cotidiano, durante el movimiento, variaba para un cesante que seguía buscando un empleo y un cesante en situación de exclusión duradera del empleo.

Cuatro experiencias de trabajo doméstico fueron rescatadas²³, las cuales permitieron enriquecer el análisis de las experiencias del desempleo: la *renuncia*, experiencia en la cual el trabajo doméstico no existe (no existe más); la *autonomía* en la cual el trabajo doméstico es asumido solo(a); la *repartición*, en la cual el trabajo doméstico está dividido en función de la paridad (tareas femeninas, tareas masculinas, tareas negociables); la *explotación*, mediante la cual se rechaza hacer lo que se considera como una labor femenina.

La primera experiencia de cesantía corresponde a la cesantía *invertida/escogida*: realza sistemáticamente una experiencia positiva de los períodos sin empleo. Fundada en una representación específica del trabajo profesional, siempre negativa, se caracteriza por un verdadero *rechazo al trabajo*, que no significa, sin embargo, un rechazo a otras actividades, en particular a la actividad militante. Esta primera experiencia reúne un conjunto de desempleados movilizados, particularmente representados en Rennes, ubicados en el mismo tramo de edad (jóvenes de menos de 30 años), y del mismo sexo (hombres). Recién incorporados a la vida activa, comparten también un nivel escolar más alto que el promedio de los movilizados, puesto que casi todos estudiaron en la universidad. Pertenecen al “medio anarquista”, sea porque adhieren a una organización anarquista, sea por sus contactos con las redes anarquistas (concretamente a raíz de los movimientos estudiantiles). Esta primera experiencia reúne a militantes (+) y militantes (–), distinguiéndose los primeros por pertenecer a estos grupos anarquistas, por un origen social y por un nivel de diploma más elevados. En esta experiencia del desempleo voluntario, el trabajo doméstico es abandonado (hombres jóvenes, solteros), o es compartido en el caso de varios hombres quienes ya experimentaron la *renuncia*, pero que demuestran una “buena voluntad doméstica” desde que viven en pareja²⁴. Esta posición dominante de los hombres en el modo de producción doméstica puede explicar la masculinización de esta primera experiencia del desempleo, puesto que la ausencia de trabajo profesional no tiene las mismas incidencias para mujeres y hombres. En efecto, para éstas, tener menos trabajo profesional significa a menudo tener más trabajo doméstico. Planteamos la hipótesis que ninguna mujer declaró –en nuestras entrevistas– rechazar el trabajo (profesional) pues este rechazo engendraría si no tanto trabajo (doméstico), al menos una mayor dependencia en el modo de producción doméstica.

23. Se presentan brevemente aquí. Para mayores detalles véase Dunezat (2004), pp. 368-383.

24. Esta buena voluntad se define como un intento, de parte de los hombres en pareja, de acercar sus esquemas de percepción del trabajo doméstico a los de su pareja. Se explica por el hecho de que estos hombres se esfuerzan por poner en práctica, bajo el impulso de su pareja, un discurso sobre la igualdad de los sexos que forma una parte –aunque ínfima y relegada– de la *doxa* anarquista. Según las mujeres, los resultados siguen siendo limitados...

La segunda experiencia de desempleo corresponde a la *cesantía total*, definida por Schnapper²⁵ (1994): existe entre los entrevistados un consenso para caracterizar de manera negativa la experiencia del desempleo, en particular porque está relacionada con una situación de exclusión duradera del acceso a contratos estables de trabajo. Se otorga entonces al trabajo una función social, a la vez para la sociedad y para uno mismo. Se afirma en este caso una verdadera *necesidad de trabajar*. Esta experiencia es mayoritaria tanto en Rennes como en Morlaix. Reúne recorridos y posiciones de clase muy heterogéneos, tanto en términos de capital cultural y de capital militante como en términos de vivencias profesionales. La edad y el sexo heterogeneizan también esta segunda experiencia. En ella, se encuentran en particular los(as) militantes (+) de la Confederación General del Trabajo (CGT) y los desempleados de la asociación *Actuar juntos contra el desempleo* (AC!), los(as) militantes (+) y los(as) militantes (–) en situación de cesantía y sin adhesión organizacional, quienes siguen buscando trabajo.

El recorrido por las experiencias del trabajo doméstico dentro de esta experiencia –mayoritaria– del desempleo permite comprender la sobre-representación de los hombres en los movimientos de desempleados(as). En efecto, muchos hombres en pareja con hijos a cargo –es decir, generando un trabajo parental– pudieron participar en el movimiento gracias a su posición dominante en el modo de producción doméstica. En cambio, tanto en Morlaix como en Rennes no había en el movimiento ninguna mujer cesante en pareja y con hijos a cargo.

La tercera experiencia corresponde al *desempleo negado*: es característica de Morlaix y constituye la diferencia fundamental entre los dos movimientos observados. Está relacionada con una verdadera *renuncia al trabajo*. En efecto, las personas que pasan por esta experiencia han sido excluidas del mundo laboral, mediante diferentes dispositivos (COTOREP)*, enfermedad profesional, prejubilación); fueron incitadas a “escoger” estos dispositivos, con el argumento de poder así lograr un nivel de sueldo superior a la remuneración garantizada por el seguro de desempleo. No sólo estas personas son descalificadas incluso en su calidad de cesantes, sino que tienden a autoexcluirse de la situación de desempleo. Esta experiencia es vivida por mujeres y hombres de todas las edades pertenecientes a las categorías de obreros y empleados. Sin capital cultural ni capital militante, estas personas pueden ser calificadas de militantes (–).

25. Schnapper define la cesantía total como una experiencia en la cual la pérdida de *status* social ligado al empleo conduce a un repliegue sobre uno mismo, a una ruptura de las solidaridades anteriores, a un sentimiento de humillación y de vacío existencial. Esta experiencia del desempleo toma así la forma de una marginalización progresiva.

* N.d.T.: Comisión Técnica de Orientación y Reubicación Profesional; esta comisión permite realizar una evaluación de las oportunidades laborales de una persona cesante, en caso de que tenga algún tipo de *handicap* o de deficiencia.

En esta experiencia del desempleo, el nivel de ingreso no es el más bajo y el deterioro se hace más llamativo en términos de integración social porque en esta categoría los trámites en los servicios sociales son casi inexistentes. Además, el modo “normal” de satisfacción de las necesidades fundamentales es dejado de lado en beneficio de un modo de vida basado en prácticas de adicción al alcohol. La experiencia del *desempleo negado* se acompaña de una renuncia al trabajo doméstico, incluso para las mujeres quienes se hacían cargo de este trabajo en su vida familiar. Hay que señalar que dicha renuncia es, sin embargo, marcadamente sexuada pues las mujeres, a diferencia de los hombres, no trasladan esta práctica hacia la acción colectiva.

La cuarta experiencia, más feminizada, corresponde a los protestatarios, quienes *nunca han experimentado una situación de cesantía total*. Esta categoría se caracteriza por trayectorias ordenadas en torno al acceso a un trabajo estable o a una actividad socialmente reconocida, háyase o no concretado este acceso, o tenga vocación a concretarse gracias al nivel de diploma. Los pocos asalariados(as) presentes, verdaderos(as) militantes morales del movimiento, se inscriben en esta cuarta experiencia. La situación conyugal (soltería o pareja) es escogida y, en la mayoría de los casos, no se tiene hijos a cargo. La homogeneidad de esta categoría se ha construido en cierta relación crítica respecto al trabajo profesional –considerado “en vía de extinción”– y en una valoración de “la actividad”²⁶. En Morlaix, esta experiencia agrupa a varios(as) militantes de la asociación local de desempleados y a profesores. En Rennes, encontramos en esta categoría a los asalariados de AC! y a varias estudiantes. Ahí, el capital cultural (nivel de diploma) y el capital militante son muy altos. Las experiencias de la autonomía (solteros) y de la repartición (mujeres jóvenes en pareja sin hijos, participando sin su pareja) son predominantes, en lo que atañe al trabajo doméstico.

Tenemos entonces cuatro experiencias de desempleo que heterogeneizan a los cesantes de ambos sexos desde su entrada en la acción colectiva. Teniendo en cuenta la existencia simbólica de *un* movimiento nacional de cesantes, podríamos pensar que dicha heterogeneidad social no impide la coexistencia pacífica entre mujeres y hombres, de los(as) militantes (+) y de los(as) militantes (–). Ahora bien, hemos constatado la emergen-

26. Durante los años 1990, a medida que la cesantía y la precariedad se iban asentando en Francia, cobró importancia un debate sobre la centralidad del trabajo en las sociedades contemporáneas. En torno a la publicación de Jeremy Rifkin (1994) sobre “el fin del trabajo”, varios sociólogos cuestionaron el devenir del valor trabajo (Meda, 1995), abogando al mismo tiempo por una extensión de la noción de actividad, en el sentido de tomar en cuenta el “no-trabajo” y la esfera no propiamente mercantil (actividades asociativas, políticas, etc.). Junto con la disminución del empleo, se trataba de redefinir el trabajo para dar a los individuos una mayor posibilidad de construirse una identidad social valorizada, vale decir, no solamente en y por el empleo.

cia de una división del trabajo militante, que consiste en una especialización jerarquizada, contradictoria, e incluso conflictiva de los grupos y de las tareas.

En ese proceso, se produce un doble movimiento: por una parte, esta especialización prolonga en la acción colectiva la heterogeneidad de las experiencias y de las posiciones previas al movimiento social; por otra parte, las contradicciones y los conflictos generados por la especialización contrarían, si no la formación (Rennes), por lo menos la perennidad de *un* colectivo protestatario (Morlaix). Este doble movimiento se encuentra totalmente superpuesto en Rennes²⁷. En cambio, aparece desfazado en Morlaix, lo que facilita su análisis: es por esta razón que privilegiaremos esta ciudad en las páginas que siguen.

La división del trabajo militante: la heterogeneidad reinterpretada

La heterogeneidad de las experiencias y de las posiciones deja huellas en las modalidades del compromiso militante porque suscita modos de participación plurales (a) y porque heterogeneiza las formas de hacerse cargo de las tareas militantes, lo que diversifica las prácticas y las posiciones en la acción colectiva (b). En ese sentido está reinterpretada *en* la acción colectiva y *por* la acción colectiva.

27 En Rennes, desde los primeros pasos de la acción colectiva, surgen conflictos que impiden la cristalización de *un* colectivo de lucha. La historia del movimiento está en efecto marcada por defecciones continuas (jun 30% durante la primera semana!) que tienden a homogeneizar el colectivo de lucha favoreciendo al “medio anarquista” (cerca del 10% de los(as) movilizados(as) en enero de 1998/60% en septiembre de 1998) y a los hombres (60% de los movilizados(as) en enero/90% en septiembre). Dos dimensiones del movimiento observado en Rennes imprimen a la división del trabajo militante una conflictividad abierta e insostenible. Primero, este movimiento atrae a muchos militantes de ambos sexos –sobre todo hombres– quienes forman parte de organizaciones políticas y sindicales: sus conflictos previos a la acción colectiva se reproducen en ésta, particularmente entre la CGT y los anarquistas. Luego, bajo el impulso de los anarquistas, quienes cuentan con la experiencia de su participación en movimientos estudiantiles anteriores, es adoptada prontamente una Carta de funcionamiento de las asambleas generales. Esta formalización, que no aparece muy en adecuación con el capital cultural y militante de numerosos(as) movilizados(as) favorece una división del trabajo militante en la cual las mujeres y los(as) militantes (–) son confinados(as). Ahora bien, a diferencia de Morlaix, este confinamiento suscita defecciones desde los primeros días por dos razones. Primero, toma la forma de un no trabajo militante, y se traduce por un sentimiento de inutilidad pues el movimiento de Rennes produce muchas menos tareas militantes que el movimiento de Morlaix (no hay, por ejemplo, toma continua de edificios públicos). Segundo, los hombres militantes (+) no dejan ningún espacio de contestación a las mujeres y a los militantes (–) en las asambleas generales, en particular en nombre de la eficacia del trabajo militante (limitación de los debates para “avanzar”).

La heterogeneidad de los modos de participación en los movimientos de desempleados

El *modo de participación continua* sólo se observa en Morlaix, con la toma de municipalidades durante las 24 horas del día. La idea consiste en estar continuamente presente en el movimiento social, lo que conduce a descuidar cualquier otra actividad (búsqueda de empleo, trabajo doméstico) que no sea el trabajo militante. Este modo de participación caracteriza a los hombres militantes (+), pero también caracteriza la experiencia del *desempleo negado*, así como la experiencia del *desempleo total*, cuando adopta la forma de una exclusión duradera del empleo. Las experiencias que corresponden a la *renuncia* y a la *explotación* –previamente definidas– en el trabajo doméstico, favorecen una inmersión acelerada y total en la acción colectiva. Los hombres y los/las militantes están sobrerrepresentados en este modo de participación. Uno está presente en la acción colectiva en calidad de “militante” (cuando es militante (+) porque participa en todos los movimientos sociales), de “solidario” (experiencia del desempleo negado) o de “desempleado” (por querer afirmar su rechazo del desempleo total).

El *modo de participación alternada* se observa en ambas ciudades pero con una sobrerrepresentación en Rennes²⁸. Consiste en estar presente en las asambleas generales y en las acciones puntuales, pero reservándose también tiempo para uno mismo. No se duerme en el lugar ocupado (Morlaix) y se sigue buscando trabajo y cumpliendo con las tareas domésticas. Este modo de participación, mayoritario, caracteriza precisamente la experiencia del desempleo total cuando ésta no toma la forma de una exclusión duradera del empleo. Salvo las personas de la experiencia del desempleo escogido, en particular los anarquistas organizados de Rennes, el sujeto no se reconoce como militante (aun cuando dispone de un sólido capital militante), sino más bien como “activo(a)”, presente para denunciar la cesantía y la precariedad. Aunque el movimiento ofrezca la posibilidad de entablar relaciones sociales o de reclamar por una sociedad más justa, su principal objetivo consiste en luchar contra la cesantía, con el fin de obtener empleos.

El *modo de participación reservada* consiste en estar presente pero sin encontrar verdaderamente su lugar ni atreverse tampoco a abandonar el movimiento por sentirse incómodo en él. No se duerme en el sitio ocupado, se sigue preocupando por la esfera profesional y doméstica, pero se da una fuerte desestabilización, en el sentido de que el sujeto duda de dejarlo

28. Se debe a la organización del tiempo en el movimiento de Rennes, muy parecida a la de una actividad profesional: las asambleas generales tienen lugar por la mañana, entre las 10 h y las 12 h, luego las tardes están dedicadas a las acciones o a las comisiones. Alrededor de las 18 h, cada uno(a) vuelve a casa y se interrumpe el movimiento el fin de semana (excepto en caso de una manifestación el sábado).

todo para participar de manera continua en el movimiento. Este modo de participación caracteriza a las mujeres militantes (+), en particular en Morlaix, las cuales confiesan en las entrevistas haber sido impresionadas por la violencia masculina durante los inicios de la acción colectiva, por la distancia social percibida respecto a la mayoría de los cesantes y por la violencia simbólica de la dominación de las organizaciones de desempleados. Se ubican aquí las militantes (+) que comparten una conciencia feminista, la cual significa cierta autonomía en el trabajo doméstico.

La heterogeneidad en las maneras de hacerse cargo de las tareas militantes

Teniendo en cuenta la heterogeneidad de los protestatarios en materia de pertenencia organizacional, de capital militante, de posiciones y experiencias profesionales/domésticas, la observación de las prácticas muestra que las personas movilizadas no entran todas en el trabajo militante de la misma manera, porque varían los modos de reconversión de las competencias adquiridas anteriormente en el orden de las relaciones sociales de sexo y de clase; pero también porque esas relaciones sociales se reconfiguran *en* la acción colectiva y *por* la acción colectiva.

Un primer modo es el de la *posición jerárquica*, el cual caracteriza a los militantes morales de las organizaciones de cesantes. Se trata de involucrarse en determinadas tareas militantes, dando como justificación el hecho de ser presidente o representante de una organización. En este modo, son pasadas por alto las reglas democráticas de la asamblea general para formar parte automáticamente de una delegación, para autodesignarse al momento de participar en una coordinación regional, y para determinar el trabajo militante así como su organización.

La segunda forma de hacerse cargo de las tareas domésticas corresponde a la *competencia militante legitimada* que caracteriza a los militantes morales, miembros de organizaciones políticas. La idea consiste en involucrarse en ciertas tareas consideradas como consustanciales a la vida del movimiento social (presidencia de las asambleas generales, organización de comisiones, participación en las delegaciones, respuesta a los medios de comunicación). Se hace el trabajo militante –por lo menos las tareas consideradas como importantes y legítimas– y se lo hace bien, apoyándose en una competencia militante proclamada y en un sentimiento de competencia visible. En este modo de hacerse cargo de las tareas militantes, el sujeto no se autodesigna pero sí prescribe, en nombre de la eficacia, una organización del trabajo militante –mediante un convenio de funcionamiento o la formalización de comisiones– que termina apartando de las tareas valorizadas a los menos dotado(as) en capital militante.

Estos dos primeros modos de conducción de las tareas militantes se encuentran en las dos ciudades: el primero es predominante en Morlaix, el segundo en Rennes. Caracterizan hombres militantes (+), quienes pro-

vienen de las experiencias del desempleo escogido o no experimentaron el desempleo total. Tienen en común el hacerse cargo de la acción colectiva definiendo el contenido del trabajo militante, atribuyendo a cada uno(a) tareas precisas, pero acaparando todas las tareas que contienen alguna dosis de poder (presidencia de asambleas, distribución del tiempo de uso de la palabra, informes, delegaciones). Muy activos en la elaboración de panfletos, son también quienes orientan las reivindicaciones y quienes elaboran el marco de percepción difundido en los medios de comunicación.

La jerarquización de las tareas y la jerarquización de los protestatarios constituyen dos procesos íntimamente ligados. Las tareas son valorizadas porque los esquemas de percepción del trabajo militante son transferidos de un movimiento social a otro por los militantes (+), quienes se apoderan de ellas. En este sentido, los militantes (+) ocupan una posición dominante porque jerarquizan las tareas y porque las tareas de las cuales se adueñan son las más valorizadas.

El tercer modo corresponde a la *competencia profesional*. Se trata de involucrarse en las tareas que más se parecen a las que existen en la trayectoria profesional. Este modo se encuentra en particular entre los hombres militantes (-) de Morlaix, por ejemplo, quienes salen de la experiencia del desempleo negado, o de una larga experiencia de cesantía total. Optando por un modo de participación continua, asumen todas las tareas militantes que surgen y son prescritas por los militantes (+). Como en el caso de los militantes (+), este grupo de hombres (-) logra cierta visibilidad y valoración de su trabajo militante. En efecto, la acción colectiva les da la posibilidad de “volverse útiles”, poniendo a disposición del resto el saber-hacer adquirido en trabajos anteriores. Así, muchos “pernoctan” en Morlaix (duermen en la alcaldía tomada), práctica adquirida en sus experiencias profesionales como enfermero o camionero. Ahora bien, las noches son particularmente mediatizadas, y cuesta más a los hombres militantes (+) pasarlas en vela por falta de costumbre, elementos que tienden a volver muy valorizado el cumplimiento de la tarea. Por otra parte, estos hombres militantes (-) tienen la posibilidad (gracias a su sujeción total al orden militante) de acceder a tareas que conllevan cierta dosis de poder: son quienes se convierten en referentes para la distribución de panfletos, el servicio de orden, la intendencia.

La cuarta manera de hacerse cargo de las tareas corresponde a la *competencia militante no legitimada*, que se observa en ambas ciudades. Corresponde a los(as) militantes (-), que tienen una experiencia corta de desempleo total (trayectorias profesionales que alternan entre precariedad y cesantía). Optando por un modo de participación alternada, insisten en la necesidad de multiplicar las tareas militantes que atraigan a una mayor cantidad de desempleados al movimiento como, por ejemplo, repartir panfletos en las Agencias Nacionales para el empleo (ANPE), organi-

zar protestas que se vean y no “acciones duras”²⁹, atender a los desempleados en el lugar donde estén, etc. Al entregarse intensamente a esas tareas militantes, estas mujeres y estos hombres militantes (–) son portadores de una forma de competencia militante producida por la experiencia del desempleo total, y activada por la existencia de la acción colectiva. Sin embargo, esta competencia no logra ser legitimada, porque no corresponde a los esquemas de percepción de los hombres militantes (+), en particular de los anarquistas, quienes dirigen el trabajo militante. Consideran, por ejemplo, que el movimiento de los cesantes tiene que expandirse a otros sectores de la sociedad, como a los “sin” (sin documentos de identidad), a los(as) asalariados(as), o a los(as) estudiantes.

La quinta manera de hacerse cargo de las tareas militantes corresponde a la *disponibilidad*. Hecho muy notable en Morlaix, por la cantidad de tareas que generó la situación de toma continua, consiste en llevar a cabo todas las tareas “que quedan”, tareas sin duda indispensables para la duración en el tiempo de la acción colectiva, pero que son opacadas y no valorizadas porque no las delegan los hombres militantes (+), quienes no las contemplan o las consideran de baja relevancia. Esta *disponibilidad* caracteriza sobre todo a las mujeres que se ubican en el modo de participación reservada o también a las que conocen la experiencia del desempleo negado. Silenciosas por “decisión propia” (militantes (+)) o por un sentimiento de incompetencia (militantes (–)), se conforman con estar presentes todo el día para asegurar el relevo cuando los equipos (masculinos) de noche toman algunas horas de descanso, para correr a comprar pan si hace falta, para llevar banderolas mientras los hombres hablan por micrófono, o para repartir miles de panfletos cuando los hombres se encargan de supervisar su distribución.

Así la heterogeneidad de los protestatarios que preexiste a la acción colectiva se reinterpreta *en* la acción colectiva y *por* ésta, a través de la división del trabajo militante. En este proceso se crean posiciones contradictorias y desiguales entre las mujeres y los hombres, entre los(as) militantes (–) y los(as) militantes (+), lo que puede perjudicar la sobrevivencia del movimiento social.

El devenir de la acción colectiva: la heterogeneidad en acción

Tras la reconfiguración de las relaciones sociales de sexo y de clase *en* la acción colectiva y *por* la acción colectiva, los hombres militantes (+) que

29. La expresión “acción dura” designa en los movimientos de desempleados un repertorio de acción en ruptura con las manifestaciones y los mitines, considerados como formas demasiado “tradicionales” de lucha. Se busca más bien un repertorio de acción más “radical” para ser escuchado e interpelar directamente los poderes públicos. La práctica de la toma acompañada de la negativa de abandonar los lugares tomados a pedido de la policía corresponde a esta terminología, difundida más que todo por el “medio anarquista”.

han pasado por las experiencias 1 y 4 del desempleo (desempleo escogido o no experiencia del desempleo total), se encuentran en posición dominante. Los hombres militantes (-) ocupan una posición dominada aunque, en función del modo de participación (continua *vs.* alternada), algunos tengan derecho a una forma de valoración de su trabajo militante. Las mujeres militantes (-) o militantes (+) también están en posición dominada, y una mayoría de ellas es llevada a un modo disponible de ejecución del trabajo militante. Este retrato simplificado del movimiento de Morlaix caracterizó las tres primeras semanas de acción colectiva.

Ahora bien, la heterogeneidad de las posiciones terminó desencadenando conflictos abiertos que terminarán agotando el colectivo protestatario. Para extinguirlo, sólo faltará el empujoncito de la represión. No son individuos movilizados los que dejan la acción colectiva sino *grupos* de individuos movilizados, porque la coexistencia entre hombres militantes (+), hombres militantes (-), mujeres militantes (+) y mujeres militantes (-) se ha venido abajo.

Al cabo de dos semanas de ocupación continua de la alcaldía de Morlaix, los(as) militantes que se encargaban de las tareas en una modalidad de competencia militante no legitimada empezaron a criticar abiertamente los intentos de extensión del movimiento hacia otros sectores (asalariados(as), jubilados(as), estudiantes de ambos sexo, etc.). En efecto, en Morlaix, los hombres militantes (+) (en particular los y las docentes quienes participan en el movimiento) incitaron a un trabajo militante intensivo en dirección del colegio de la ciudad. Dicho trabajo resultó ser exitoso pues desembocó en una manifestación que logró congregarse a 700 personas en las calles de Morlaix, durante un día de movilización nacional. Mientras los medios de comunicación subrayaban la importancia de la movilización local³⁰ y a pesar de que la mayoría de los protestatarios se felicitaba por el éxito del movimiento, los militantes, en una modalidad de competencia militante no legitimada, denunciaron el golpe simbólico que consistió en hacer creer que la manifestación fue un triunfo, aun cuando pocos(as) desempleados(as) participaron en ella (de los 700 manifestantes, 500 eran secundarios(as)). Incluso, denunciaron la orientación del trabajo militante que, según ellos(as), no se había preocupado lo suficiente por movilizar a un mayor número de desempleados. Esta protesta abierta suscitó un rechazo rotundo de parte de los hombres militantes (-) (quienes tienen un modo de participación continuo) y de parte de los hombres militantes (+). Los primeros criticaron a los movilizados por su falta de entrega durante las noches de toma de la alcaldía, mientras los segundos se declararon partidarios de un trabajo militante que lograra sensibilizar al conjunto de los sectores de la sociedad acerca

30. Se puede leer en el diario *Le Monde* que la manifestación de Morlaix fue la segunda movilización más importante, a escala nacional, tomando en cuenta el número de habitantes de la ciudad.

del problema del desempleo. Como vemos, la división del trabajo militante –tanto en las prácticas como en la *doxa*– definió efectivamente los contornos de los grupos en desacuerdo. El conflicto se volverá tan patente que los movilizados serán incitados por los hombres militantes (+) a abandonar el movimiento. Un primer grupo desaparece, el cual se caracteriza por la experiencia del desempleo total, por un modo de participación alternado, y por las experiencias de repartición y autonomía en materia de trabajo doméstico.

Algunos días después, la toma continua de la alcaldía de Morlaix se convirtió en el punto neurálgico en torno al cual se enfrentaron los grupos que quedaban. En efecto, los hombres militantes (+) empezaron a dudar del éxito del movimiento a corto plazo. Tras una propuesta del alcalde, quien se declaró dispuesto a canjear la desocupación voluntaria de la alcaldía por la promesa de transportes gratuitos para los desempleados(as), los militantes (+) lograron convencer a las otras personas movilizadas para que votaran el final de la toma continua. Después de algunas tomas puntuales los días siguientes, los hombres militantes (+) empezaron a reorientar el trabajo del movimiento hacia actividades de largo plazo, tales como crear un diario mural, organizar comisiones de preparación de informes, realizar actividades de sociabilidad (jardinería, clases de bretón, etc.). Pero estas actividades no correspondían a la situación de urgencia de los(as) militantes (–) y la redefinición del trabajo militante tuvo consecuencias visiblemente negativas sobre la dinámica de la acción colectiva.

Por el lado de las mujeres militantes (–), se abandonó la acción colectiva en silencio: estas mujeres se encontraban opacadas –bajo el efecto del modo disponible de hacerse cargo de las tareas– en la división del trabajo militante y continuaron opacadas incluso con su salida del movimiento.

Por el lado de los hombres militantes (–), se empezó a criticar desde adentro el nuevo orden del movimiento, quejándose de la desaparición de las tareas militantes que existían durante la toma de la alcaldía y expresando un sentimiento de inutilidad. Se polarizaron entonces dos grupos masculinos (los hombres militantes (+) y los hombres militantes (–)), quienes terminaron escindiendo el colectivo protestatario. Cabe subrayar que fue la posición común de los hombres militantes (–) en la división del trabajo militante (adquirida durante las noches de toma de la alcaldía) la que autorizó efectivamente su cristalización.

La sobrevivencia de la acción colectiva (en las entrevistas, los protestatarios hablan de “agonía”) durante varias semanas, a pesar de estos conflictos, se debió a dos factores. Por un lado, algunas acciones puntuales siguieron manteniendo unido al grupo, siendo particularmente eficaz la intentona simbólica para los medios de comunicación que no visualizaron los conflictos que atravesaban el grupo de los movilizados(as). Por otra parte, las mujeres militantes (+) jugaron un rol fundamental. En

efecto, no sólo permanecieron en el movimiento, sino que cambiaron, sobre todo, su modo de participación. Empezando por un modo de participación reservada, evolucionaron, luego, hacia un modo de participación continua. Aunque contribuyeron a alimentar la conflictividad abierta dentro de la acción colectiva, en particular, por sus denuncias frecuentes de la dominación de los hombres militantes (+), se opusieron a que el movimiento se detuviera. Por un lado, se sentían socioprofesional y afectivamente cercanas a los hombres militantes (+), pero advertían que su posición dominante dentro del movimiento favorecía el desmoronamiento de la acción colectiva. Por otro lado, entendían la revuelta de los hombres militantes (–) pero rechazaban sus formas violentas³¹. Al fin y al cabo, esta posición intermediaria de las mujeres militantes (+) en la conflictividad favoreció una convergencia de sus prácticas y de sus representaciones, en particular en lo que respecta a la división del trabajo militante, tal como vamos a ver.

Pues bien, con motivo de una nueva toma continua de la alcaldía que duró casi dos semanas, dirigida a rechazar el no cumplimiento de parte de las autoridades locales de la promesa de gratuidad de los transportes, las mujeres militantes (+) intensificaron su trabajo en el movimiento, en todos los aspectos. Primero, intentaron impulsar nuevos modos de funcionamiento durante las asambleas generales, que permitían protestar de manera concreta contra la dominación de los hombres militantes (+) (rotación de las tareas de delegación y de representación, turno para cada cual en una mesa redonda, y ya no sólo turno de palabra en asamblea general³², etc.). Después, estas mismas mujeres que al principio del movimiento se negaban a dormir en los sitios tomados, ofrecieron estar también presentes en las noches. Por fin, se esforzaban por reconstruir una vida colectiva cotidiana, lo que implicaba una presencia permanente durante el día y la preparación de las comidas para recrear algún vínculo colectivo. Durante dichas comidas, estas militantes (+), que antes del movimiento experimentaban cierta autonomía en el trabajo doméstico, redescubrían la experiencia del explotador pero esta vez *en y por* la acción colectiva. Eran tratadas como “empleadas domésticas” por los hombres, quienes por su lado continuaban desgarrándose, al mismo tiempo que abandonaban el trabajo militante. Por lo tanto, estas mujeres conseguirán difícilmente hacer perdurar la acción colectiva.

31. No corresponde entrar aquí en el detalle, pero las formas de violencia que se despliegan en un movimiento social, en particular las violencias masculinas, constituyen una realidad estructural que encaja plenamente en el campo de los factores explicativos del declive de una acción colectiva. En Rennes, casi la mitad de las mujeres entrevistadas mencionaron la violencia de otro grupo de protestatarios (siempre masculinos), como motivo de su negativa a participar.

32. El turno de palabra consiste en una simple organización de las tomas de palabra (para evitar que todos hablen al mismo tiempo), mientras que el turno en una mesa redonda es una práctica de incitación a la toma de palabra de todas las personas presentes.

Fue sin duda la intervención de las fuerzas de orden, una mañana de marzo de 1998, con el fin de desalojar a los manifestantes, la que acabó simbólicamente con el movimiento de Morlaix. Esperamos, sin embargo, haber mostrado que su declive es también fruto de las relaciones sociales de sexo que lo atravesaron.

Conclusión

No se puede entender la dinámica de la acción colectiva independientemente de las relaciones sociales de sexo que –mediante la división del trabajo militante y junto con otras relaciones sociales– la atraviesan y la estructuran.

En los movimientos de cesantes estudiados, la división del trabajo militante no consistió en una heterogeneidad enriquecedora de las tareas de los protestatarios: fue más bien un vector de dominación al interior del movimiento social. Las luchas en la lucha resultaron ser entonces una parte constitutiva de los procesos de formación, mantenimiento y debilitamiento de la acción colectiva. Al igual que otras formas de dominación, se pretendió mostrar que la dominación masculina no era solamente importada *en* la acción colectiva: era también reinterpretada y regenerada *por* la acción colectiva.

Bibliografía

- Becker, Howard. 1985 (1963). *Outsiders. Etudes de sociologie de la déviance*. Paris: Métailié.
- Cefaï, Daniel; Trom, Danny (eds.). 2001. *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*. Paris: EHESS.
- Collectif. 1984. *Le sexe du travail. Structures familiales et système productif*. Grenoble: PUG.
- Delphy, Christine. 1998. *L'ennemi principal. Tome 1: Economie politique du patriarcat*. Paris: Syllepse.
- Demazière, Didier; Pignoni, María-Teresa. 1998. *Chômeurs : du silence à la révolte*. Paris: Hachette Littératures.
- Doidy, Eric. 2004. "Prévenir la violence dans l'activité militante : trois études de cas". *Revue française de sociologie* 45 (3): 499-527.
- Dunezat, Xavier. 1998. "Des mouvements sociaux sexués". *Nouvelles Questions Féministes* 19 (2-3-4). *Recherches Féministes* 11 (2); número conjunto: 161-195.
- . 2004. *Chômage et action collective. Luttres dans la lutte. Mouvements de chômeurs et chômeuses de 1997-1998 en Bretagne et rapports sociaux de sexe*. Thèse de sociologie, Université de Versailles-Saint-Quentin-En-Yvelines.

- Einwohner, Rachel L.; Hollander, Jocelyn A.; Olson, Toska. 2000. "Engendering Social Movements. Cultural Images and Movement Dynamics". *Gender & Society* 14 (5): 679-699.
- Fillieule, Olivier (ed.). 2005. *Le désengagement militant*. Paris: Belin.
- Fillieule, Olivier; Mayer, Nonna (eds.). 2001. "Dynamiques individuelles de l'engagement". *Revue Française de Science Politique* 51 (1-2): 19-25.
- Fonow, Mary Margaret. 1998. "Protest Engendered. The Participation of Women Steelworkers in the Wheeling-Pittsburgh Steel Strike of 1985". *Gender & Society* 12 (6): 710-728.
- Goffman, Erving. 1990 (1968). *Asiles : étude sur la condition sociale des malades mentaux et autres reclus sociaux*. Paris: Editions de Minuit.
- Hirata, Helena; Zarifian, Philippe. 2000. "Travail (le concept de)". En H. Hirata, F. Laborie, H. Le Doaré y D. Senotier (eds.), *Dictionnaire critique du féminisme*. Paris: PUF, 230-235.
- Hirschman, Albert O. 1970. *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Kergoat, Danièle. 1973. *Bulldozor ou l'histoire d'une mobilisation ouvrière*. Paris: Editions du Seuil.
- . 1982. *Les ouvrières*. Paris: Sycomore.
- . 1999. " Introduction " *Cahiers du Genre* 26: 5-11.
- . 2001. "Le rapport social de sexe. De la reproduction des rapports sociaux à leur subversion". *Actuel Marx* 30: 85-100.
- Kergoat, Danièle; Imbert, Françoise; Le Doaré, Hélène; Sénotier, Danièle. 1992. *Les infirmières et leur coordination. 1988-1989*. Paris: Lamarre.
- Klandermans, Bert; Kriesi, Hanspeter; Tarrow, Sidney (eds.). 1988. *International Social Movement Research, Volume 1. From structure to action: comparing social movement research across cultures*. London: JAI Press Inc.
- Klandermans, Bert (Ed.). 1989. *International Social Movement Research, Volume 2. Organizing for Change: Social Movement Organizations in Europe and United States*. London: JAI Press Inc.
- McAdam, Doug. 1988. *Freedom Summer*. Oxford: Oxford University Press.
- . 1989. "The Biographical Consequences of Activism". *American Sociological Review* 54: 744-760.
- McAdam, Doug. 1992. "Gender as a Mediator of the Activist Experience: The Case of Freedom Summer". *American Journal of Sociology* 97 (5): 1211-1240.
- McNair Barnett, Bernice. 1993. "Invisible Southern Black Women Leaders in the Civil Rights Movement: The Triple Constraints of Gender, Race, and Class". *Gender & Society* 7 (2): 162-182.
- Maurer, Sophie. 2001. *Les Chômeurs en action*. Paris: L'Harmattan.
- Mathieu, Lilian. 2001. *Mobilisations de prostituées*. Paris: Belin.
- . 2004. *Comment lutter ?* Paris: Textuel.

- Matonti, Frédérique; Poupeau, Franck. 2004. "Le capital militant. Essai de définition". *Actes de la recherche en sciences sociales* 155: 5-11.
- Meda, Dominique. 1995. *Le Travail. Une valeur en voie de disparition*. Paris: Aubier.
- Péchu, Cécile. 1996. "Quand les 'exclus' passent à l'action. La mobilisation des mal-logés". *Politix* 34: 114-133.
- Rifkin, Jeremy. 1996 (1994). *La fin du travail*. Paris: La Découverte.
- Rogerat, Chantal; Senotier, Danièle. 1996. "De l'usage du temps de chômage". En Hirata, Helena; Senotier, Danièle (eds.). *Femmes et partage du travail*. Paris: Syros, 73-86.
- Schnapper, Dominique. 1994 [1981]. *L'épreuve du chômage*. Paris: Gallimard.
- Siméant, Johanna. 1998. *La Cause des sans-papiers*. Paris: Presses de Science Po.
- Snow, David A.; Benford, E. Burke; Worden, Steven; Benford, Robert. 1986. "Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation". *American Sociological Review* 51: 464-481.
- Tarrow, Sidney. 1994. *Power in Movement. Social Movement, Collective Action and Politics*. New York: Cambridge University Press.
- Trat, Josette. 1994. "La lutte des assistantes sociales : un mouvement de femmes salariées conjugué au masculin". *Futur Antérieur*. Paris, L'Harmattan: 103-134.
- Cahiers du Gedisst* 18, Dossier: "Hommes et femmes dans le mouvement social", 1997.
- Gender & Society* 12 (6), Dossier: "Gender & Social Movements (1)", décembre 1998.
- Gender & Society* 13 (1), Dossier: "Gender & Social Movements (2)", febrero 1999.